

"Alceste"

Acto segundo.

B. Perez Galdós



1

# "ALCESTE"

---

Acto segundo.

\*

B. Perez Galdos

1857

1857

1857

## Decoración del acto segundo.

Habitación familiar de los soberanos de Tesalia.

Al fondo tapices que dan paso a la Cámara nupcial.

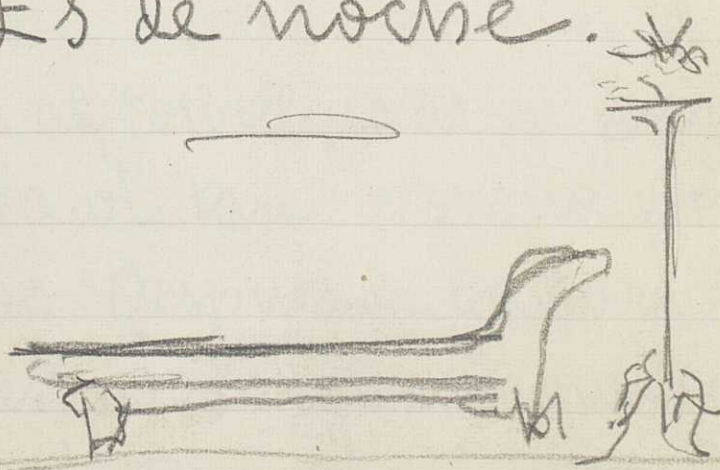
A la izquierda puerta que da acceso a la estancia de los Principitos.

A la derecha puerta que comunica con los aposentos del resto del Palacio.

En el centro de la escena un canapé. A la cabecera de este una columnita que sostiene una lámpara. Al pie del mismo mueble una mesita.

Sobre la mesa y esparcidos por el suelo los juguetitos de la niña Diomedea, que consisten en diferentes objetos de barro: animales, crateras, anforitas, etc, etc.

## Es de noche.



Canapé y candelabro que figuran en el cuadro de David representando a Mme Becarnier vestida à la griega.

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header.

Main body of handwritten text, consisting of several paragraphs of cursive script.

Vertical handwritten text on the right margin, possibly a date or page number.

## Acto segundo.

### Escena I.

Alceste, sentada en el canapé y en actitud llorosa. Tiene en su falda a la Princesita Diomedea que se ha quedado dormida, reclinando la cabecita en el hombro de su madre. — Tisbe que entra por la izquierda.

Tisbe. — ¡Ah!... La niña se ha dormido. — Acercándose de puntillas. — Reina mía....

Alceste. — Alzando el rostro. — ¡Ah! Eres tu, Tisbe.

Tisbe. — ¿Lloras, oh Reina?

Alceste. — Limpiándose las lágrimas. — No... Ha sido un presentimiento, idea triste, visión fugaz, que ha dejado en mi alma un rastro de tristera... Pero ya pasó.... ya.

Tisbe. — Recoje los juguetitos de Diomedea y los va poniendo sobre la mesa. — La Princesita se ha rendido al cansancio.

Alceste. — Sí.... al torbellino de su juego febril, loco. Nunca la vi tan reborzona y traviesa como esta noche. Después de bailar con mucha gracia, estuvo largo rato enredando con sus cráteras y ánforas diminutas. Luego vino a

21  
que le contase cuentos. La puse sobre mis rodillas y apenas empecé à contarle la historia de Filimon y Baucis se me quedó dormidita.

Tisbe. — ¿Me la llevo para acostarla?

Alceste. — Aguarda un instante. ¿El Príncipe Eume lo está todavía despierto?

Tisbe. — No, Reina; ya duerme. ¡Ay que niño! ¡Que genio, que ardimiento y bravura en tan cortos años!... En cuanto sus padres le permitís apartarse de nuestro lado, corre à donde estamos los servidores, y allí nos divierte y nos asombra refiriéndonos las hazañas de los héroes más grandes de la Grecia.... Una noche nos cuenta el combate de los Lapitas y los Centauros, remedando el gesto, las voces iracundas de los furiosos guerreros, imitando el silvar de las flechas, el volteo del brazo al manejar la honda.... Otra noche nos refiere las proezas del glorioso Perseo, cuando se lanza à los desiertos de Libia en persecución de las terribles Gorgonas.... El Príncipe, como histrión per-



fecto, se figura ser el héroe mismo. ¡Que fierera, que nobles actitudes! Con su espadita de juguete, que en su imaginación es la que forjó Vulcano para Perseo, siega el cuello de la monstruosa Medusa.... Luego agarra la cabeza por la cabellera de serpientes, nos la muestra y quedamos espantados, pues tan al vivo lo hace que una máscara envuelta en trapos nos parece la propia testa de Medusa que chorrea sangre, y al mirarla creemos convertimos en piedras.... ¡Que gloria de Príncipe, que retoño de un héroe, de un gran Rey!

Alceste. — Que ha oído con arrobamiento el relato de Tisbe, siente de súbito profunda pena, y le corta la palabra. — No sigas, Tisbe. La precocidad heroica de mi hijo ha sido mi encanto y mi orgullo. Esta noche aviva la tristeza que llevo en el alma.

Tisbe. — Pero Reina mía ¿que ocurre?

Alceste. — Lévate a la niña y vuelve al momento, que tengo que hablarte.

Tisbe. — Cogiendo con mucho cuidado a la niña dormida. — Ven,

Lucero. — Alceste besa a la niña y Tisbe se la lleva por la izquierda.

Alceste. Recoje algunos juguetitos de Dioneda que han quedado sobre el canapé; los besa. ¡Oh dulces prendas! Levántase y los coloca sobre la mesa. Aquí los dejo para que mañana los encuentre en su sitio. Viendo en la mesita el dardo y las flechas de Eumelo, las coje. ¡Ah... el dardo y las flechas de mi Príncipe! Después de dejar el dardo y las flechas donde estaban. ¡Hijos de mi alma: vuestra inocencia os pone muy lejos de las angustias que esta noche sufre vuestra madre...! Vuelve Tisbe. Oye, Tisbe; ¿no has notado que esta noche velan todos en mi Palacio más de lo que es habitual?

Tisbe. Si, mi Reina, lo he notado... lo he visto. ... Los Príncipes ancianos, Pheris y Erectea, que à estas horas estan communmente entregados al reposo, parece que se preparan para un largo velar... Hoy comieron en su estancia con el venerable sacerdote de Delfos...

Alceste. Demofonte, el de lengua barba y sagaces ojos.

Tisbe. ~~~~~ Luego han venido tambien à darles compa-  
nía el filósofo Aristipo y los otros sabios.

Alceste. ~~~~~ Ya se, ya se..... Y permanecerán allí en  
sabrosas conferencias.

Tisbe. ~~~~~ Sí, mi Reina. De la conversación de los  
viejos con sus amigos ha transcendido à las  
galerías, corriendo despues de boca en boca  
por toda la casa, el rumor de que esta  
noche ocurrirá aquí un suceso extraordinario.

Alceste. ~~~~~ Abstraida, pronunciando el canto. ~~~~~ Así es..... así será.....  
Ahora, Tisbe, procura ver si hay gente en la  
Sala de Honor.

Tisbe. ~~~~~ Ya lo he visto. Mi curiosidad me llevó allí  
hace un rato. En la Sala de Honor vi à Hipe-  
rión, el Custodio de los Archivos.....

Alceste. ~~~~~ El hombre de los sabios consejos, el dig-  
nataris más alto de Tesalia.

Tisbe. ~~~~~ Con él estaban otros magnates.....

Alceste. ~~~~~ ¿Y el Rey?

Tisbe. ~~~~~ Entró en la Sala, habló con aquellos pa-  
tricios, y volvió à salir con Gorgias.....  
Yo me retiré, temerosa de que me sorprendan

dieran curioseando, ... Y al venir <sup>hacia</sup> acá encontré al esclavo Licón, ...

Alceste. — Con gran viveza. — ¿Qué te dijo?

Tisbe. — ¿Qué salía presuroso con órdenes para que vengan sin demora al Palacio todos los dignatarios de la Corte y los guerreros de Tesalia residentes en Larisa.

Alceste. — Ya comprendo. A cada instante entran en mi mente más luces para completar el conocimiento de ... — Señalando a la derecha. — Digo voces por ahí.

Tisbe. — Mirando por la puerta de la derecha. — Son Hipérion y Gorgias que hablan con misterio ... Parece que vienen hacia acá ...

Alceste. — ¿Qué vengan; les espero ... Tisbe, déjame ... Pon flores y enciende luces frente a la imagen de Ceres que tengo entre los lechos de mis hijos. Iré allí pronto a invocar a mi Diosa tutelar, como de costumbre, pero esta noche con más fervor que nunca.

Tisbe. — Escogeré las flores más bellas para

ornar el altar de Ceres. — Vase Tisbe por la izquierda.

### Escena II.

Alceste. — Hiperión, personaje de mediana edad, de noble presencia, pulcro y bien vestido. Gorgias.

Hiperión. — Inclinándose respetuosamente. — Salud, divina

Alceste. Hiperión de Mileto, Custodio de los Archivos, Guardián de las Constituciones Tesálicas, viene a ofrecerte sus homenajes más rendidos. En mí tienes; oh Reina! tu servidor ~~mi~~ fiel y tu esclavo más humilde.

Alceste. — Acepto y agradezco tus homenajes, noble Hiperión. Pero me los ofreces tan a destiempo que mi alma se llena de sobresalto al oírte.

Gorgias. — La inoportunidad de nuestra visita no depende de nosotros sino de la fatalidad histórica. Los asuntos que atañen a la vida de los pueblos no tienen hora fija para exigir la atención de los Reyes.

Alceste. — ¿Que me habláis a mí de historias ni de los manejos y régimen de las multitudes? Ya sabéis que soy absolutamente profana en las artes de gobernar. Haréis conocer

mi vida para comprenderlos. Hija menor de Pelias, Rey de Iolcos, quedé huérfana de madre à poco de nacer. Mi padre me puso al cuidado de mi nodriza, la tiernísima Clori, y mi infancia se deslizó tranquila en los amenos campos de la falda del Pindo. Crecí en la paz de la Naturaleza, en sociedad de gentes rústicas, sencillas, exentas de toda vanidad. Por esta causa, el sentimiento más puro que anida en mi corazón es el amor al pueblo, y cuando el buen Admeto me trajo à su tálamo y puso en mis sienes la corona de Tesalia, no aporté à mi nuevo estado otra ciencia de gobierno que la defensa de los humildes, de los menesterosos que labran la tierra, pastorean los ganados, y ofrecen à la Humanidad los principales elementos de vida. Testigo es mi amado esposo de que solo he alzado mi voz de Reina para patrocinare la modesta holguera y el libre vivir de mi pueblo.

Hiperión. — Con entusiasmo. — Bien lo sé, bien lo sabemos.

17

Todos, Reina excelsa, y por ello mereces lauros sin fin.

Alceste. — Los galardones que yo ansio no he de obtenerlos como Reina sino como madre. Por eso mi espíritu revolotea en torno de un afán luminoso: la crianza y educación de mis hijos. Procuro hacerlos dignos de la dulce Patria que tanto espera de ellos.

Hiperión. — Tus virtudes ¡oh Reina! son de calidad tan sutil, que para admirarlas vemos de levantar los velos con que las encubre tu modestia.

Alceste. — No es modestia, es poquedad de ánimo.  
— Mostrándoles los juguetes. — Ya veis, paso las veladas jugando con mis niños....

Gorgias. — Pero puede llegar una ocasión.... no digo que llegue pronto.... en que la divina Alceste tenga que volver sus ojos hacia los menesteres del Estado.

Alceste. — Si hay algo que motive el que se me hable de ese modo, quiero que sea mi esposo quien me lo diga. Yo os suplico, noble Hiperión, Gorgias amigo, que advertais

al Rey ~~que~~ que le espero. Si está departien-  
do con los magnates de la Corte, que los  
deje y venga al lado de su esposa. Yo se  
lo pido, yo se lo mando.

Hiperión. — Haciendo una reverencia. — Vendrá, Berna mia.

Gorgias. — Lo mismo. — Vendrá. — A Hiperión. — Vamos,

Hiperión. — Aparte, à Hiperión, al retirarse ambos  
bacia la derecha. — ¿Conocerá Elceste la triste  
verdad?

Hiperión. — Aparte à Gorgias. — Tal vez... Por lo me-  
nos la presiente, la vislumbra. — Vause los dos.

### Escena III.

Elceste. — Después Admeto.

Elceste. — ¡Horas de ansiedad, horas de agonía,  
corred veloces! ¡Llebadme pronto al tér-  
mino de la incertidumbre, que por dura  
que sea la verdad nunca lo será tanto  
como el temerla y esperarla!... El  
enigma pavoroso que desde el anochecer  
me conturba no me ha dejado ver  
más que una parte de los horrores  
que el Destino guarda en su seno....

A



Solo se que la vida de Admeto está en peligro...  
 .. en peligro próximo, inminente. Sospecho la  
 causa; ignoro si puede haber remedio para  
 este mal inmenso. ~ Planoza arriba por la derecha.  
 Ya se despide el Rey de los patricios.... Habla  
 con Hiperión y Gorgias.... Sonríe.... No veo  
 en él señales de abatimiento ni de pesadum-  
 bre.... ¿Será que los bados se muestran pro-  
 picios y puede Admeto conjurar la horren-  
 da desdicha?.... ~ Pausa. Se retira Alceste al centro

de la escena. Aparece Admeto por la derecha. Su aspecto es  
grave. Procura ocultar con máscara de serenidad un  
aflicción intensa. ~ Ven, Rey mío, ven.... Sin  
 perder un instante saca de tu alma las  
 penas que te afligen y muéstramelas, á  
 fin de que yo las vea y tome para mi  
 la parte que en ellas me corresponde.

Admeto. ~ Soségate, alma mía. Hora es ya de  
 que sepas lo que tu fiel esposo te ocultó  
 por no afligirte antes de tiempo. Por amor  
 de ti he callado.... Pero el piadoso en-  
 gaño no puede continuar.

Alcance. — Dias ha que me ronda una tenebrosa inquietud.... Notaba yo que no dormias, que abandonabas el lecho a destiempo para consultar el vuelo de las aves y el curso de las estrellas.... Esta tarde, cuando tus padres y los sabios amigos de la casa rechazaron mi convite, me asaltó un negro presagio que tu quisiste disipar con frases de ternura. Pero me quedaron dentro del alma no sé qué recelos punzantes.... Luego, cuando fuiste a tu aposento para escribir (cosa desusada en tal hora) me acerqué cautelosa.... Quería yo espiar tus pensamientos, sorprender tus actos.... Y me causó asombro ver que se llegó a ti el noble Hiperión, Custodio de los Archivos de estos Reinos, al cual pides consejo siempre que ocurre algún inceso extraordinario.... Aguardé en acecho junto a la puerta, y cuando con Hiperión ubiste al lugar donde estan depositadas

las Constituciones del Funcionario de Tesalia, me deslicé como sombra hasta la mesa en que escribias.... En una tableta trazada por tu mano vi estas palabras, que helaron la sangre de mis venas: « Condenado por Júpiter à perder la vida en momento fatal.... » Se me nublaron los ojos y estuve à punto de perder el conocimiento. Volvi las tabletas y me encontré esta frase: « Quiero y dispongo que se encargue de la Regencia mi amada esposa Heceste.... » No pude leer más. Te sentí que volvías con Hiperrion y calladito me retiré hacia acá.... Me puse à jugar con la niña, y mis gracias, lejos de amenguar mi aflicción, la aumentaron horrorosamente....

¡Ay, Admeto, esposo mio! — Pausa. Permanecen un rato abrazados tiernamente.

Admeto. — Con profundo abatimiento, — Lo esencial del caso ya lo sabes.... Falta que te diga la razón de mi condena.

Hecete. — ¡Oh! Bien clara veo ya la culpa tuya que ha motivado esa dura sentencia. ¿Verdad que es la muerte que diste al bello Corydón, hijo de la ninfa Liriope, a quien Juno protege con ternuras de madre?

Admeto. — Sí, era es mi culpa. Estaba yo, como te dije, cazando con mis amigos en el monte próximo al Hymeto, y aquel mozo, en quien advertí tanta gallardía como fatuidad, quiso cortarme el paso con ademanes y voces insolentes. Díjele mi nombre, sin que por ello le infundiera respeto. Sus perros feroces se abalanzaron hacia mis amigos. Yo estaba en mi terreno; él allanaba mi propiedad, hurtándome el melo, el aire y la cara. Le increpé y él encendió mi furia con su lenguaje procar.... Ciego de ira le atravesé el pecho con mi dardo, dándole muerte instantánea.... Luego supe por mis amigos que Corydón era hijo de la ninfa Liriope, la cual le tuvo, según dicen, del Dios Marte.

Alceste. — ¡Ay, esposo mio: fatal fué para tí la cacería en el Hymeto! La muerte que diste al hijo de Liriope te atrajo la venganza de la rencorosa Juno, la de los niveos brazos....

Admeto. — La del blanco rostro ceñudo.

Alceste. — Júpiter te ha condenado por instigación de su hermana y esposa. Tales sentencias son irrevocables. Imposible sustraerse á ellas. Morirás ¿y cuando?

Admeto. — Pronto, muy pronto: cuando la piel de leopardo marque el punto que separa las dos mitades de la noche.

Alceste. — ¡Oh cruel sentencia! ¡Oh tremenda desventura para mí, para nuestros hijos, para todo el pueblo de Tesalia!... ¿Pero no has encontrado un medio de aplacar la cólera del Dios omnipotente?

Admeto. — Lo intenté, mas todo ha sido en vano. Intervino en mi favor el divino Hermes, y solo pudo conseguir que las Parcas atenuaran la sentencia en esta forma: « Admeto vivirá si en lugar suyo muere

voluntariamente una persona de tu familia.

Alceste. Como alada, repitiendo la fórmula. Vivirá...  
... si muere en su lugar otra persona... de  
su familia.

Admeto. Voluntariamente.

Alceste. Ya, ya: voluntariamente.

Admeto. Con este arbitrio me creí salvado. Tanto  
Mercurio como yo pensamos que mis pa-  
dres, pobres viejos que están en los extremos  
de la vida, se ofrecerían. En efecto; se les  
propuso y...

Alceste. Y no quisieron... Pherés y Erectea  
viven trabajosamente, petrificados en el  
egoísmo. No sacrifican ellos ni un día, ni  
una hora de sus inútiles existencias. Con  
núbilo movimiento se levanta. Admeto, vivirá:  
yo te lo aseguro.

Admeto. ¿Como?... ¿tu?...

Alceste. Vivirá, Admeto.

Admeto. Imposible, imposible.

Alceste. Con arrogancia. Vivirá. Yo lo mando.

Admeto. Con severa energía. Alceste; tu mandas en

(11)

mi casa, en mis reinos, en mi familia. Pero en este trance de mi vida ó mi muerte solo mando yo, que soy el Rey, el esposo, el padre. Si al conocer en toda su gravedad y consecuencias la sentencia del supremo Dios ha brotado en tu mente la idea generosa de ofrecer tu vida para salvar la mia, yo te conmino con toda la energia que me dan mi autoridad y el amor que te tengo, á que abandones esa idea absurda, esa idea insana que vulnera las leyes santas de la Naturaleza.... Tu no eres culpable y yo lo fui. Tu eres la virtud misma, corazón puro, voluntad iluminada por el bien.... Yo llevo en mí, con las obligaciones de Rey, la pasión guerrera, los odios humanos que engendra el hábito de gobernar pueblos indómitos. A mí, pues, á mi solo, me corresponde el dolor y la gloria de perecer berido por el rayo de la justicia divina.

Alecete. ~ Abrázandole tiernamente. ~ Esposo mio: oyeme

Hameto. ~ No; no me digas que quieres morir.

No; no lo consiento. No quiero, no quiero.

Alceste. — Si no me oyes mal podrías conocer mi pensamiento. No he pensado morir por ti. Si tal pensara ¿estaría yo tan serena como me ves? — Alex-  
rando tranquilidad y aun alegría. — Morir en tu lugar sería un rasgo de vanidad impropio de esta pobre mujer. Tu grandeza te impone el martirio y la gloria que consigo lleva... No; sería necedad en mí disputarte ese martirio glorioso.

Admeto. — Entonces ¿que quieres?

Alceste. — Quiero que vivas tu y que vivamos todos. ¿No me ves alegre? ¿No ves la paz de mi ánimo? — Con perfecto bistriónismo. — ¿Adiviertes en mí alguna señal de tristeza ó turbación?

Admeto. — Apretando entre sus manos la cabeza de Alceste y aproximándola à su rostro, la mira con fijez. — Cierzo que en tu rostro no hay señal de pena. ¿Que significa esto?

Alceste. — Que yo, en cuanto vislumbré el terrible secreto, invoqué à la Diosa Tutelar



de mi familia, la divina Ceres. Ya sabes que nunca imploro a la hermana de Júpiter sin recibir de ella el consuelo de mi aflicción. ¿Quien te dice que Ceres no conseguirá lo que no pudo obtener Mercurio?

Admeto. — Perplejo, acariciando una esperanza. — ¿Pero tu crees que la Diosa habrá oído tu plegaria?

Alceste. — Tanto la oyo que gocé de su divina presencia.

Admeto. — Vivamente. — ¿Dónde?

Alceste. — En este aposento. Con Diomedea dormidita en mis brazos estaba yo cuando entró la Diosa, y sentándose junto a mí, me besó en la frente y así me dijo: «Pobre Alceste, no llores. En mis manos tengo tu corazón: yo te lo devolveré libre de toda congoja. En el corto tiempo que falta para el cumplimiento de la sentencia, salvaremos tu y yo la vida de Admeto.»

Admeto. — Y al decir esto ¿partió la Diosa?

Alceste. — Si... y ya ha vuelto. — Mirando por la izquierda — ha vuelto... — Con gran impaciencia — Déjame, Admeto, déjame en-

triar sola en el apotenko de nuestros hijos. Ceres me llama, me espera. — Va hacia la izquierda. — Yo te aseguro que no morirás.

Admeto. — Queriendo retenerla. — ¡Oh, no; ven, aguarda! — Entra Gorgias por la derecha y permanece cerca de la puerta viendo salir a la Reina.

Alceste. — Al Rey, desde la puerta de la izquierda. — ¡No lo dudes: tu salvación está en mis manos. — Vase.

## Escena IV.

Admeto. — Gorgias

Gorgias. — Avanzando hacia el Rey. — Tu salvación está en tus manos. Así lo ha dicho. Lo mismo piensan los magnates de tus Reinos.

Admeto. — Indignado. — ¿Qué?

Gorgias. — ¿Qué Alceste, más generosa que tus padres, movida de un sentimiento sublime, se ofrecerá voluntariamente a morir por ti.

Admeto. — ¿Morir por mí? Calla, Gorgias; no amargues los últimos instantes de esta hora trágica. — Con súbita entereza y brío. — ¿Morir Alceste? ¡No lo consentiré nunca... ¡nunca!

— Recordando la escena. — Rey Admeto, soberano de Tesalia, serias el más vil de los hombres si aceptases que esa divina mujer inocente pereciera en tu lugar. ¡No... nunca!

Gorgias. — Done se ha acercado à la izquierda y está mirando lo que pasa en el interior. — ¡Oh incomparable Reina, oh espíritu excelso, digno de figurar entre las más bellas constelaciones que iluminan el cielo!

Admeto. — ¿Done; ves à la Reina? ¿Done hace?

Gorgias. — Está prosternada ante el altar de Ceres, entre los lechos de sus hijos. — Con estupor — ¡Oh prodigio!

Admeto. — Ante el altar. — ¿Done?

Gorgias. — La imagen del altar es la propia Ceres viva... viva... Alarga sus brazos hacia la Reina... Habla con ella... Acerte, ahora, deshecha en llanto, besa à los niños como despidiéndose... No lo dudes, Admeto: tu esposa se dispone à ofrecer su vida para salvar la tuya.

Admeto. — ¡No, no. Los Dioses no aceptarían

su sacrificio!

Gorgias. ≡; Ah... si ella se ofrece...!... Considera, Admeto, que te debes a tu pueblo... que tu existencia va unida a las glorias, a la grandeza de Tesalia...  
Muriendo Hecesto....

Admeto ≡ Interrompiéndole. Con brío. ≡; Imposible, imposible!... Yo sabré impedirlo...  
≡ Después de una pausa. ≡ Dime, Gorgias ¿cuánto me resta de vida?

Gorgias. ≡ Mira al cielo por una ventana. ≡ Ya la espléndida Antares tardará poco en desaparecer por el horizonte.

Admeto. ≡ ¿Como cuanto?

Gorgias. ≡ No puedo precisarlo... Pero te advierto que desde hace un momento el Genio de la Muerte está en tu casa. Le he visto entrar por el Pórtico de los Centauros con su fúnebre séquito... y aguarda el trance fatal en la Sala de Armas.

Admeto. ≡ Con febril inquietud. ≡ No hay tiempo que perder... Moriré... Si... moriré antes

(14)

que Alceste realice su pensamiento. — En el mismo instante aparece Alceste por la izquierda.

## Escena V.

Admeto. Gorgias. — Alceste.

Alceste al ver à Admeto queda suspensa. Luego avanza hacia él, poniendo en su rostro una serenidad majestuosa. Admeto permanece inmóvil mirándola. Gorgias, apartado en la derecha observa la escena.

Alceste. — Se precipita en brazos de Admeto. Pausa. — Rey mío ¿amas hoy à tu esposa como la amaste siempre?

Admeto. — Con voz entrecortada por la emoción. — El amor mío, grande como el mundo, inextinguible como los elementos de la Naturaleza, más poderoso que los Dioses, no puede sufrir alteración en este momento supremo, cuando el alma de Admeto se dispone à entrar en la eterna sombra.

Alceste. — Y tu, mi adorado esposo, con quien he vivido plácidos años en dulcísima paz y perfecta armonía ¿dejarás de amarme... ahora... en este instante fatal... si

te desobedezco?

Admeto. — Cerrando. — ¿Desobedecerme tu?... No puede ser... ¿Y que te ha dicho tu Divinidad tutelar, la Diosa coronada de espigas?

Alceste. — Vacilando. — Me ha dicho... me ha dicho... La voluntad de Ceres como la de los demás Dioses está gravada en mi alma con tal firmeza que no puedo menos de obedecerla, antes de obedecerte a ti....

Admeto. — No, no; la voluntad de un moribundo es sagrada y está por encima de todo... Tu, Alceste, en el delirio de tu abnegación sublime, imaginas el absurdo de morir en mi lugar... ¿Morir tu, Reina mía?... Antes de consentirlo me daré yo mismo la muerte.

Alceste. — ¿Y crees que así cumplirías la inexorable sentencia? No, mi Rey... Tu has de vivir.

Admeto. — Acariciando el pomo de la espada. — No, no; debo morir y moriré.

15

Alceste. — Atrajéndole el movimiento. Espera, escucha...  
Ahí hay tiempo de que oigas las razones  
que voy a darte.... Con ellas te convenceré....  
Siéntate a mi lado. — Alceste se sienta en el canapé.

Admeto. — No me niego a escucharte. Habla pronto.  
Pero dudo que tus razones desarmen mi  
entereza. — Se sienta junto a la Reina. Pausa.

Gorgias. — Aparte en la derecha. — Llega el terrible momento. El Destino fijará pronto la suerte de Tesalia. La Historia pide que los guerreros, los próceres, los sabios, todos los magnates y patricios de Larisa, intervengan en este fatal suceso, decisivo para la Grecia.... Previéndoles cumple un alto deber. — Vase sin ser notado por la derecha.

## Escena VI.

Admeto. Alceste.

Alceste. — La voz mía, esposo querido, es en este supremo instante la voz de la razón. Y la razón se sobrepone siempre a los designios humanos. La propia Mi-

14.  
nerva y la divina Ceres me han sugerido lo que voy a decirte.

Admeto. — Diré, Alceste, puesto que así lo quieres. Más acaba pronto, que el tiempo me cuenta con ávida exactitud mis postreros instantes.

Alceste. — Tu, que hace algunos años eras tan solo Príncipe del humilde Estado de Pherés, llegaste por tu arrojo en las batallas, por tu agudeza en la política y por las peregrinas cualidades que te adornan, á reunir los diferentes Estados de Tesalia, Reinos los unos, Repúblicas los otros, Patriarcados los más, constituyendo esta admirable federación, fuerte y poderosa, que es el más grande honor de la Grecia. ¿Me negarás esto?

Admeto. — Turbado. — No; como he de negarlo.

Alceste. — Entonces... ¿reconocerás que tu has sido el único autor de esta obra maravillosa: el Fuñickionado de Tesalia?

Admeto. — Sí; lo reconozco; obra mía es.

Alceste. — ¿Y tu razón no se concierta con la mía para decirte que desapareciendo tu del



reino de los vivos esta obra tuya, aun no bien tra-  
bada, se desbarará fatalmente... irremisiblemente?

Admeto. ~~~~~ Cierko... si... Asi sería sin duda... Pero la cul-  
pa no es mia, sino de los Dioses que me condenan  
à morir... Nosotros, miserables criaturas, juguete  
de las pasiones y venganzas de las Divinidades  
Olímpicas, no podemos impedirlo.

Alceste. ~~~~~ Si podemos. Escucha un poco más... Saco abo-  
ra del pensamiento toda mi razón para decirte  
que si yo te sobrevivo seré incapaz de tomar en  
mi debil mano la Regencia de estos pueblos...  
¿No te imaginas à tu desventurada esposa com-  
batida por esta y la otra facción, absolutamente  
desarmada ante las fieras ambiciones y las te-  
nebrosas intrigas? ¿Que puedo hacer yo, tris-  
te de mi, que no soy guerrera, ni política, ni  
entiendo nada del arte de conducir à los  
pueblos?... ¿Que he de hacer yo?... Dejar  
perecer el Anfictionado, perder la corona,  
el porvenir de nuestros hijos... y por úl-  
timo, huir de esta tierra querida para espon-  
der mi desdichada persona en el último rincón

de Grecia.

Admeto. — No.... Extremas; oh adorada Alceste! Tus argumentos para rendirme.... Eso no será.

Alceste. — Pues si lo que acabas de oír no te persuade, expongo mis, debes saber que cuando Hermes, el de los pies ligeros, vino a comunicarte el convenio con las Parcas, los Dioses tenían decidido que fuese yo, y nadie más que yo, la persona que había de morir en tu lugar.

Admeto. — Ninguna de tus razones me convence.  
— se levanta. — El sentenciado soy yo, y moriré, me mataré....

Alceste. — Levantándose. — No, no.... Matándote no cumples la sentencia.... Moriré yo sola.

Admeto. — Moriremos los dos. — Aparece Tisbe por la izquierda. — Tisbe, que vengan mis hijos para que con sus tiernas caricias disuadan a la Reina de tan absurdo intento....

Pronto, pronto. — Vase Tisbe al aposento de los niños. Entran por la derecha Hiperión, Gorgias, los Guerrero, magnates, patricios, próceres, y dignatarios de la Corte.

## Escena VII.

17

Alceste. Admeto. Hiperión. Gorgias.  
Guerreros. Magnates. Patricios. Próceres y Dig-  
natarios de la Corte. — Después Tisbe, Eume-  
lo, Diomedea, con doncellas y esclavas.

Admeto. — Yo solo debo morir. — Echa mano a la espada.

Hiperión, Gorgias y un Guerrero le sujetan por los brazos  
para que no pueda desenvainar el arma.

Hiperión. — Tu has de vivir, Rey de Tesalia. La Patria  
te necesita.

Admeto. — Forcejando con los que le sujetan. — No, no.

Alceste. — Sometete, amado esposo. Si te quitas la  
vida sería inútil por que moriré yo, y tu  
dejarás huérfanos a tus Reinos y a nues-  
tros hijos.

Hiperión. — La voz de Alceste es en este instante la  
voz divina.

Gorgias. — Resignate, Admeto.

Admeto. — Después de una pausa. Con rabia y congoja. — Si  
... me someto... me resigno... ¡Maldi-  
tos seas, Dioses implacables, que nos dais  
la vida arrebatándonos la felicidad!

Hiperión ≡ Heroína es Alceste. A su abnegación debemos la vida del mejor de los Reyes.

Admeto ≡ Abatido; cayendo en brazos de Gorgias. — ¡ Oh inmensa amargura: nunca pensé que vivir fuera el más grande de los dolores!

Gorgias ≡ Aporte al Rey. — Valor, Rey mío. La Patria exige que vivas. Sin ti no habría Tesalia; no habría guerras, triunfos ni grandezas. En una palabra: sin ti no tendríamos Historia...

Entraron por la izquierda Tisbe, Eumelo y Diomedea, seguidos de las doncellas y esclavas. Los Principitos vienen descalzos, con largos ropones color de rosa. Los niños, desde la puerta de su estancia corren hacia su madre, que se ba reclinado en el canapé con una indolencia.

Eumelo. ≡ ¡ Madre mía! ≡ Abraza y besa a Alceste.

Diomedea. ≡ ¡ Madre, madre! ≡ Hace lo mismo que su hermano.

Alceste. ≡ Correspondiendo tiernamente a las caricias de sus hijos. Phères, Erectea, Demofonte, Aristipo, Euristes y Policrates entran por la derecha y quedan suspensos oyendo las frases de Alceste. — ¡ Hijos del alma! Muero para que viva vuestro padre; más necesario que yo a la tierra en que habéis nacido.

## Escena VIII.

118

Alceste. Admeto. Hiperión. Gorgias. Guerreros.  
Magnates. Patricios. Príncipes y Dignatarios de  
la Corte. Tisbe. Eumelo. Diomedea. Doncellas y  
esclavas. — Pheres. Erectea. Demofonte. Aris-  
tizo. Euristes. Policrates.

Erectea. — Aparte à Pheres y à Demofonte, con gran estupor. — ¡Mue-  
re Alceste...!

Pheres. — ¡Oh...!

Demofonte. — Aparte à Erectea y à Pheres. — Y vivirá Admeto.  
¡Adios Regencia Prina!

Alceste. — Admeto, amado Admeto, ven à mi. — Ad-  
meto se desprende de los brazos de Gorgias y va al lado de  
la Reina. Besa en frente, cae de rodillas y burla la cabeza  
con imprema desolación. — Ven, Rey mio.

Admeto. — Con aflicción inmensísima. — ¡Oh sublime Al-  
ceste, mas alta que las más altas divinidades!

Alceste. — Hijos míos, esposo querido, vosotros que me  
idolatráis, guardad siempre en vuestros co-  
razones el amor à la pobre Alceste.... A  
mis niños recomiendo la obediencia cons-  
tanke à cuanto su padre les ordene....

Y a ti, Admeto, te pido que cumplas fielmente mi último deseo: que no des a nuestros hijos una madrastra.

Admeto. Nunca, te lo juro. ¡Que los Dioses me aniquilen a mí, a la Tesalia y a toda la Grecia si falto a este juramento!

Alceste. Tus amantes palabras me dan serenidad y alegría en este paso de la vida a la muerte... Pausa. — Vosotros, mis leales servidores, amigos, magnates, patricios de Tesalia, guardad siempre la dulce memoria de vuestra Reina... Pausa. — Tisbe, mi fiel Tisbe. — Acude Tisbe a ella y le besa la mano. — ¡Acordaos todos de mí! — ¡Dadme vuestros tiernos adioses! — Se levanta trabajosamente. Acuden todos, besándole la mano uno tras otro. — Demofonte, Hiperión, Gorgias, Aristipo, Euristes, Policrates... sed dichosos y ayudad al Rey en sus magnas empresas... — Guerreros invencibles... — que vuestras armas eleven hasta lo más alto del cielo el honor de Te-

salia... — A Erectea y Pheris — Adios, queridos ancianos. — Los dos se acercan, se arrodillan y le besan los manos. — Vivid... vivid felices. — Alceste sufre un desvanecimiento precursor de la muerte. Tirbe y las esclavas lo suspenden momentaneamente en sus brazos y lo acuestan en el conapé.

Pheris. — ¡Oh desventura!

Erectea. — ¡Oh fatalidad!

Alceste. — Muero por el bien de todos y por la gloria de mi Patria querida. — Acaricia a sus hijos. Pausa. Eleva los ojos al cielo — Divina Ceres: conduceme con blanda mano al reposo eterno. — Suena el bronze. Todos quedan suspensos y aterrados. Descóbrese un tapiz inmediato al lecho de Alceste y aparece el Genio de la Muerte con manto corona y cetro. Extiende una mano sobre la cabeza de Alceste. Esta cierra los ojos y con un largo suspiro expresa su último instante. EL Genio de la Muerte desaparece. Los niños y las mujeres prorumpen en llanto.

ojo  
 ~~~~~  
 ~~~~~  
 ~~~~~

Hiperion — Alceste ha muerto.

Gorgias — Sí, ya expiró.

Admeto. En la exaltación de un dolor — ¡Celestial mujer; te llevas mi  
alma, me dejas la miseria corporal, el tedio inmenso de vi-  
vir sin ti! — Agorias. — Historiador: no escribas esta página que me  
deshonra, que me envilece. No tramitas a la posteridad la plaque-  
za de ánimo, el egoísmo del desdichado Admeto. — Solozar!

Telón

~~FIN DEL ACTO SEGUNDO.~~

---



20. Alceste = Muero - - - -

(20)

por la vida de mi esposo.... por el bien de mis hijos.... por la gloria de mi patria querida.

— Admeto corre hacia Alceste y arrebatándola de los brazos de Tisbe y Friné la estrecha entre los brazos.

Admeto. — ¡ Alceste.... Alceste.... esposa adorada!

Alceste. — Muero.... por.... ti.

Admeto. — ¡ No quiero.... no quiero!

Alceste. — Divina Minerva.... Condúceme.... con blanda mano.... al reposo eterno. — Bueno

el bronce. Todos quedan suspensos y aterrados. Aparece el

Genio de la Muerte con manto, corona y cetro. Ex-

tiende un brazo señalando a la Reina. Esta cierra los  
ojos y con un largo suspiro expresa su último instante.

EL Genio de la Muerte desaparece. Las mujeres pro-  
rumpen en llanto.

Hiperión. — Alceste ha muerto.

Gorgias. — Sí, ya expiró.

Admeto. — En la exaltación de su dolor. — ¡ Alceste, Alceste, ce-  
lestial mujer: te llevas mi alma; me de-  
jas la miseria corporal, el tedio inmenso  
de vivir sin ti! — Soleza.

Telón. Fin del acto segundo.

